

## DESINFORMACION Y PACIFISMO

POR

ANGEL MAESTRO MARTÍNEZ

Constituye un sentimiento absolutamente natural del ser humano la búsqueda de la paz como situación antitética a la angustia derivada no sólo de la guerra, sino del peligro de existencia de la misma. Esto es un hecho consustancial a la naturaleza humana, y solamente el desequilibrado desea la guerra, o el crear las condiciones que lleven a la misma, con su secuela de tragedias, de la que ninguna pluma, por brillante que sea, puede tan siquiera procurar una aproximación a la realidad.

Si esto ha sido así siempre, la angustia creciente frente a un nuevo concepto de guerra total de perspectivas espantosas, como es el nuevo factor representado por la guerra nuclear, ha hecho que el crecimiento de esa angustia se dispare casi hacia el infinito.

Son tan aterradoras las perspectivas de una guerra nuclear, que la simple exposición de las consecuencias producidas por la explosión de los dos únicos ingenios hasta ahora utilizados contra seres humanos, desbordan la imaginación de los autores de ficción que describían situaciones horribles de un futuro conflicto, antes de que se experimentasen las armas nucleares. Y si tenemos en cuenta que aquellos artefactos utilizados en agosto de 1945 probaron, hasta el horror más indecible sus fines destructivos, es lógico preguntarse angustiadamente, y con el miedo más terrible, cuáles serían las consecuencias de un conflicto nuclear hoy, cuando las potencias de los ingenios actuales han hecho que aquéllos hayan quedado desfasados.

Téngase en cuenta que una salva de «misiles» Tridente, de un submarino nuclear de la clase «Ohio» —por el momento el más avanzado de la Marina de Guerra de los Estados Unidos— equivale, esa sola salva de sus cohetes, a 2.000 veces la potencia de la bomba arrojada sobre Hiroshima.

Todos los medios informativos hablan, escriben, sobre la tragedia de un holocausto nuclear y de sus horribles consecuen-

cias. Y hablan, ya menos, por ser menos sensacionalista el tema, sobre otra clase de tragedia, que hace que las terribles visiones del Apocalipsis queden cortas ante los efectos de las armas modernas. Son las armas químicas, desarrolladas a extremos increíbles hace unos años, de consecuencias letales y sobre las que, naturalmente, no vamos a extendernos, sino nada más que mencionarlas, pero que unidas a las nucleares, y también, aunque en menor escala, a las convencionales clásicas, presentan una perspectiva aterradora.

Esos medios informativos se extienden en numerosos detalles sobre las consecuencias de una futura guerra. Y, naturalmente, el ansia pacifista crece y se multiplica. La angustia aumenta en progresión continua, y afecta a una masa no cultivada, y con la reacción lógica de histerismo. Así, podemos ver, en cualquier desastre, como en la evacuación de una casa en llamas, al escapar de un accidente en el ferrocarril metropolitano, etc., donde la reacción normal de la masa es huir como sea del lugar de la tragedia, aunque, a veces, las muertes se produzcan por la falta de serenidad y por el predominio del instinto animal sobre el racional.

Naturalmente que no se va a pedir a la generalidad de los que huyen del desastre que piensen cuáles han sido las causas que lo produjeron, y si pudieron haber sido evitadas. Sería ilógico. Y si esto es así en pequeños accidentes que afectan a un muy limitado número de personas, mucho más se produce esa sensación de horror y de rechazo ante las perspectivas de un conflicto generalizado, y respecto al cual habrá escasísimas posibilidades de escape.

Ahora bien, nos encontramos en una situación única en la historia. No porque la forma de actuar de los contendientes sea inédita. No, pues las ideas de la naturaleza humana son limitadas, y muy poca o ninguna son originales.

El conflicto planteado sí es inédito, porque alcanza por primera vez en la historia dimensiones planetarias. Por tanto, dadas esas dimensiones, el ansia de pacifismo alcanza a todos los pueblos, por lejanos que estén, y por poco que su conocimiento alcance a comprender.

Antes, en la segunda guerra mundial incluso, las naciones alejadas geográficamente de los espacios donde se decidía la contienda, podían permanecer tranquilas. Al menos en lo relativo a las consecuencias trágicas sobre su propio suelo del conflicto. Este podía influir sobre ellas en la disminución de los bienes de con-

sumo, en la pérdida de calidad del nivel de vida, etc., pero no en la tragedia de la guerra misma sobre su territorio.

Ahora ya no. Dados los inmensos crecimientos experimentados en el lanzamiento de armas, no sólo por los cohetes intercontinentales con base en tierra, sino desde submarinos nucleares, prácticamente indetectables; ninguna nación puede tener la seguridad total y absoluta de que su espacio geográfico será respetado.

Dadas todas las circunstancias antes expuestas, resulta totalmente lógico el crecimiento de un sentido pacifista, acelerado aún más si cabe por desarrollarse en unos modelos de sociedad donde el último objeto no es espiritual, sino materialista a ultranza. La persona con creencias religiosas sabe que esta vida es transitoria, y no una situación definitiva, pero el hombre y la mujer de nuestra época suelen ser esclavos de la existencia temporal. No creen en la espiritualidad ni en la trascendencia de una existencia superior.

Tanto en la sociedad capitalista como en la comunista —en esta ya por dogma—, se hace de la existencia en la vida terrena la única justificación.

El disfrutar al precio que sea de todas clases de placeres, sean o no nocivos para el mismo organismo. Pero no nocivos espiritualmente como el sexo y la bebida, con consecuencias físicas también dañinas. No, destructivos total y absolutamente, como la droga. No importa, todo se subordina al afán de placer y de disfrute de los bienes temporales. Al precio que sea.

Por tanto, ¿cómo no va a ser el pacifismo la necesidad mayor para justificar dichas posibilidades de placer al máximo? Cualquier alteración del orden existente lo destruiría, y mucho más un conflicto nuclear, del que tan difícil sería escapar.

El ser humano, con un sentido de supervaloración de sí mismo, generalmente con grandes dosis de utopía, piensa que él sólo él, está capacitado para salir de cualquier situación por difícil que ésta fuera. Y así, ante la posibilidad de una destrucción total de esa sociedad hedonista, resulta natural que diga aquello de, «antes rojo que muerto».

El sistema marxista-leninista es uno de los dos oponentes en esta lucha. Pero, a diferencia del otro, presenta un frente coherente. Tiene unas actitudes definidas y consecuentes, que por lo demás no se recata en ocultar. El dominio de la sociedad toda y el triunfo de su sistema impuesto a escala universal. Frente a los campos divididos en que actúa su oponente, frente a la división de intereses, tantas veces contrapuestos, sus objetivos son

claros y definidos, constituyendo el expansionismo una característica básica del sistema; consustancial al mismo, no pudiendo por tanto objetarle como a otros imperialismos el encontrar un freno a su expansión. El marxismo-leninismo necesita, por estar intrínsecamente unido a su esencia, a su ser, ese expansionismo que resulta absolutamente vital.

Toda arma es útil para conseguir su último objetivo y, naturalmente, ha de aprovechar —como lo viene haciendo desde 1917— todas las debilidades del contrario para aprovecharlas en su favor.

No le basta para conseguir sus fines el disponer de las más poderosas fuerzas armadas del mundo, sino que ha de procurar, en la medida de lo posible, la conquista sin tener que arriesgarse a una guerra total. Guerra para la que se haya preparado, como lo demuestra la aplicación de las teorías en las Fuerzas Armadas Soviéticas ante una guerra nuclear.

Y, cómo, según sus expertos, esa guerra nuclear puede acabar con un vencedor, y no con la teoría imperante en Occidente de que sería UN CONFLICTO SIN VENCEDORES NI VENCIDOS. No, puede haber un vencedor, y se estudia, se aplica para lo que sea el marxismo-leninismo.

Pero hay métodos de conseguir esa victoria sin el colosal desgaste y destrucción que supondría una guerra nuclear. El desarrollo de un pacifismo unidireccional puede suponer la derrota anticipada del enemigo.

La aplicación y la toma de conciencia en esa sociedad hedonista, atea, del famoso tópico «antes rojos que muertos», es bien significativa.

El pacifismo siempre en un sentido unidireccional hace que tantos sectores de las sociedades democráticas trabajen, a veces inconscientemente, en contra de sí mismas y de su propia existencia. Los sectores pacifistas poseen condiciones objetivas idóneas para que ese utopismo —que es el cáncer de nuestra época como incansablemente vengo insistiendo en *Verbo*, uniendo mi esfuerzo a tantos pensadores, en denunciar el gran mal de nuestro tiempo— sea aprovechado por los marxistas-leninistas.

### Características del pacifismo.

Según Daniel Pollard, de la Universidad francesa de Besançon, el movimiento pacifista es una verdadera nebulosa, ya que presenta una gran diversidad, unida a una gran complejidad, y a

una gran heterogeneidad. Los múltiples movimientos pacifistas se caracterizan por ciertas características comunes: se trata de un movimiento reciente pero no nuevo; se trata de un fenómeno de masas pero no mayoritario; se trata de un fenómeno polémico y tradicional; se trata de un fenómeno todavía poco estructurado pero en vías de organización. Se trata de un fenómeno de izquierdas, pero no exclusivamente; que desarrolla su juego fuera de los partidos políticos. Se trata, en fin, de un fenómeno difícil de medir cuantitativa y cualitativamente.

Existen varias tipologías posibles para clasificar el movimiento de los pacifistas. Un procedimiento: la clasificación elaborada por Max Scheler, en 1927; la tipología de las ideologías pacifistas de Marcel Merle, en 1966; la tipología de Jean François Revel, de 1983; las tipologías neopolíticas y estratégicas; la tipología usada sobre el análisis de los discursos pacifistas; la clasificación de los pacifistas y la clasificación de los movimientos de paz.

Se han llegado a clasificar, incluso —tal es la abundancia de información sobre el tema—, por un experto, el coronel Chavant, de la Secretaría General de Defensa Nacional Francesa, en un cuadrante con gráficos en el que se va, desde los utopistas, al derecho nacionalista. Según el experto Philip Forgat, hay seis familias:

- a) El pacifismo de tendencia espiritualista de origen cristiano.
- b) El pacifismo de tendencia «oriental». Gandhi es el modelo número uno y Lutero King el modelo número dos. Se trata de la no violencia activa que lucha contra la pasividad de las gentes.
- c) El pacifismo racionalista que descende del «siglo de las luces».
- d) El pacifismo socialista basado en el pacifismo de Jaures, la neutralidad armada.
- e) El pacifismo comunista, que es una forma de combate y una táctica entre las otras.
- f) El pacifismo ecologista, que es un movimiento utopista.

La forma en que la Unión Soviética aprovecha los movimientos pacifistas, bien sean los manejados por ello, o bien sean suministrando información y teleguiando al movimiento utópico, resulta significativa. Así, el movimiento verde en Alemania llega a decir que: la instalación de los «misiles» no está justificada porque es fácil decir que la Unión Soviética tiene una superio-

ridad militar sobre la OTAN; precisamente lo contrario. Curiosamente, el general soviético Cherkov dice, en diciembre de 1982: «Este despliegue rompe el equilibrio entre las dos superpotencias».

Si hablamos de las zonas desnuclearizadas, dice el dirigente soviético Víctor Katine: los países del Tratado de Varsovia se declaran favorables a las proposiciones de crear zonas desnuclearizadas en el norte de Europa, y el Consejo Ecuménico de las Iglesias dice: «Hace falta adquirir y establecer zonas para el armamento nuclear».

Si nos referimos al despliegue de los nuevos proyectiles dirigidos Pershing 2, otro de los hombres claves de la política soviética, Arbatov, dice: «La Unión Soviética debe instalar misiles suplementarios no sólo en Europa sino en la proximidad de las fronteras americanas» y, así, la Comisión de Justicia y Paz, dice en seguida que el equilibrio de fuerzas no puede ser reestablecido si la Unión Soviética no puede disponer de lugares de implantación de sus cohetes más próximos a los Estados Unidos.

Por otra parte, un hombre clave del Comité Central del PCUS, Boris Ponomarev, del que ya he hablado tantas veces, ha insistido en que la idea de poner de pie una coalición pacifista universal, tiene más actualidad que nunca y que entonces la batalla por la paz puede ser ganada.

El pacifismo es una consecuencia lógica de la disolución de la sociedad y de las ideas tradicionales del procedimiento. Cuando, después de los años 50, las imágenes familiares y de respeto a la autoridad no han cesado de disminuir, hasta el punto que hoy en día vemos a padres que por un mimetismo inconsciente encuentran en sus hijos un modelo de identificación. Es un producto de la sociedad toda, pues como hemos visto, son numerosas las tendencias y las variantes desde un pacifismo radical que resume, pura y simplemente, un desarme unilateral sin que haya reciprocidad, hasta un pacifismo moderado que preconiza un desarme bilateral. El pacifista radical es de los del lema «mejor rojo que muerto», y el pacifista moderado dice «nada de Pershing y nada de SS 20».

Como dice el experto francés M. Boisot, no se puede meter en un mismo saco a un obispo católico de California, un obrero comunista, un universitario de Cambridge, un verde alemán, un almirante antimilitarista y un diputado holandés. Los modelos son sumamente variados.

El pacifismo utópico, de inspiración cristiana, habla de la inmoralidad de toda guerra y de que la defensa como excusa de

la guerra es una forma de agresión. Ignoran la amenaza del exterior y se nutren de metas tales como el imperialismo agresivo de occidente, el temor de la Unión Soviética de verse atacada por los países capitalistas y que las industrias de armamento influyan sobre los gobiernos a fin de acrecentar sus beneficios, con algunas concesiones incluso económicas, como el hecho de que toda política de defensa es económicamente valiosa. Pero todo llega a la calma y a la ignorancia más absoluta sobre la realidad soviética, es decir, que si occidente da ejemplo del desarme, los países comunistas harán lo mismo.

El pacifista es maniqueo porque juzga a los hombres a través de la dicotomía «buenos y malos». Los pacifistas son los buenos.

Especial relieve adquiere, por el provecho que puede aportar a los fines de la Unión Soviética, la postura de los movimientos religiosos y la paz y las declaraciones de los obispos de los Estados Unidos.

Las iglesias cristianas no católicas, tanto del Este como del Oeste, y del Tercer Mundo, se reunieron en Upsala (Suecia) durante los días 20 al 24 de abril de 1983 para debatir los problemas ocasionados por la carrera de armamento y los riesgos nucleares. Este encuentro, organizado por la Iglesia sueca, fue objeto de una preparación minuciosa y el objetivo era elaborar un texto susceptible de llegar a los cristianos sobre la inmoralidad de la destrucción nuclear y luchar frente a la amenaza que las armas de destrucción masiva hacen pesar sobre la humanidad. En la sesión inaugural el entonces Primer Ministro Olof Palme, alentó a buscar una solución, pero se guardó de proponer dicha solución para poner remedio a esta situación. Inmediatamente, aprovechando las circunstancias, el metropolitano Filaret, de Minsk y de Bielorusia, se anuncia a favor de la congelación de las armas nucleares y de la propuesta en contra del despliegue europeo de los llamados euromisiles.

Más peligroso resulta por su utopía el caso de los obispos de los Estados Unidos, dándose el caso de que algunos, como el obispo Matthiesen, de Amarillo (Tejas), que llega a preconizar la desobediencia cívica para todos aquellos que intervengan en la fabricación o en la puesta a punto de las armas nucleares y, sin llegar a estos extremos, la Conferencia Episcopal de los Estados Unidos, por mayoría, creen en condenar, aunque sea unilateralmente, el ejemplo de armas nucleares aunque fuese en caso de peligro.

Algunas veces, autoridades como el obispo de Nueva Orleans,

han dicho que esta postura supone regalar una considerable ventaja a la Unión Soviética. Los obispos corren el riesgo de confundir a la gente y de disminuir la credibilidad de su mensaje.

El Consejo Ecuménico de las Iglesias no para de apelar a las iglesias a luchar contra el militarismo, a luchar por el desarme y a condenar sistemas como el de Africa del Sur, con total silencio hacia la represión soviética. Las tácticas comunistas habilmente manipulan sin dificultad a la Iglesia. En los años 60 fue fundada la Conferencia Cristiana para la Paz: su presidente es húngaro, el presidente de su Comité Permanente es un metafísico finlandés y, como acertadamente dice el profesor Dreyfus, de la Universidad de Estrasburgo, los nueve vicepresidentes pertenecen a las siguientes nacionalidades: Madagascar, Cuba, República Democrática Alemana, Estados Unidos, India, Checoslovaquia, Rumanía, Borneo y Sri Lanka. El secretario general es checo y sus adjuntos son de Sri Lanka y soviéticos. Creo que resulta absurdo hablar sobre su neutralidad.

Y, es que una vez más, la desinformación es posible, no sólo por los éxitos de los soviéticos encargados de dirigir la maquinaria, sino gracias a esos mismos occidentales.

El aspecto del pacifismo unidireccional, el renunciar unilateralmente a la posesión de armamento, el afán de entreguismo, esperando utópicamente que así se desarmará a un adversario que de esta manera no aumentará sus gastos militares ni impulsará sus afanes de conquista. Un enemigo que abandonará la guerra al ver que su hipotético adversario renuncia a la misma. Así se piensa frente a un enemigo como el marxismo-leninismo, que no se recata nunca de ocultar su fin último: la conquista de toda la sociedad para imponer su sistema.

De esta forma el pacifismo y su puesta en práctica, consciente o inconscientemente, constituyen una de las más eficaces formas de aplicación de la desinformación.

El pacifismo de tantos periodistas, de tantos llamados intelectuales, de científicos que preconizan el desarme unilateral y también de tantos clérigos; no siempre influidos por los servicios propagandísticos soviéticos, influidos sí por una visión simplista, y desde luego tendenciosa, y en la que tanto han influido las desviaciones del espíritu del Concilio Vaticano II, en el caso de la Iglesia católica.

Clérigos que sólo ven el mal en la defensa de unos valores tradicionales, y que por ese afán de justicia utópica tratan con comprensión la tesis de la izquierda. No me refiero sólo a esos ya tan vistos y oídos de que Jesucristo era el primer comunista



y demás majaderías propias no sólo de malvados, sino muchas veces de ignorantes e incultos. No sólo la teología de la liberación y sus connotaciones evidentemente marxistoides.

Existen otros casos de verdadero utopismo, y de falso coraje, como el decir ¡basta ya!, rompamos de una vez con una situación sin salida. Demos nosotros el primer paso. Tal es el ejemplo de la jerarquía católica, o de la gran mayoría, al menos, de la Iglesia católica de los Estados Unidos, quienes son los más eficaces propagandistas en contra de lo que suponga reforzamiento de sus sistemas de defensa y, a la vez, objetivamente los mejores aliados del expansionismo marxista-leninista.

El Consejo Mundial de las Iglesias, cuyas tesis en porcentaje elevadísimo coinciden con las expuestas por los dirigentes soviéticos, y aquí no es sólo ya la utopía, sino que la infiltración desempeña un puesto importantísimo. Al igual que tantas organizaciones de fachada abiertamente ya subvencionadas por los aparatos propagandísticos soviéticos, como, por ejemplo: Alianza Mundial de Jóvenes Cristianos, Conferencia Cristiana para la Paz, Consejo Europeo de la Juventud Ecuménica, Juventud Obrera Cristiana que, con ocasión del XII Festival Mundial de la Juventud, celebrado en Moscú del 27 de julio al 3 de agosto, elogió en *L'Humanité*, «las facilidades dadas a los creyentes para practicar». Mientras que obispos católicos como Sigitas Tamkevicius, Alfonso Sucrinkas, o el padre Cleo Makovaire se pudren en el «Gulag».

El Consejo Mundial de la Paz, dirigido por el comunista hindú Romesh Chandra, quien recibe órdenes directas bien del Departamento Internacional del Comité Central o del KGB. A su vez, las Naciones Unidas ceden sus locales y su ayuda a las diferentes actividades de este Congreso Mundial de la Paz. La ONU procura que se acreciente el prestigio de esta organización, y la misma ONU reconoce oficialmente «su papel esencial en el movimiento internacional por la paz». Claro que a sus reuniones asisten también tontos útiles, los utópicos de costumbre, como el diputado laborista británico James Lemond.

Dentro del pacifismo, cada organización tiene una misión impuesta por sus dirigentes marxistas-leninistas que les toca desarrollar. En este caso, el Consejo Mundial de la Paz debe realizar la ofensiva pacifista contra la mal llamada «guerra de las estrellas», SDI, y que España, ¡ay!, una vez más, la ignorancia se multiplica y el periodista más ignorante aún que sus colegas occidentales, denomina con el título de una famosa película, «guerra de las galaxias».

El término guerra de las estrellas ha sido hecho suyo por el Presidium del Consejo Mundial de la Paz, y ha hecho una llamada a los pueblos del mundo en previsión de la campaña pacifista que en tal sentido se está desarrollando.

Otras organizaciones, como la Federación Mundial de los Estudiantes Democráticos, la de los trabajadores, etc., constituyen diversas puntas de lanza del pacifismo, cada una con una misión determinada, en distintos campos, pero dentro de una política general, de un todo encaminado a un mismo fin.

La resonancia de estas máquinas es enorme y así tanto ingenuo, tanto desinformado, sienten cierta preocupación cuando ven que organismos-pantallas u organizaciones de fachada como las antes expuestas, muestran su condena de todo aquello que pueda suponer ir en contra de la política expansionista marxista-leninista.

Asimismo, las organizaciones internacionales, como la UNESCO, preconizadora de un nuevo orden informativo internacional, que es acogido favorablemente por quienes, con razón, desconfían de esa influencia extraña ejercida por los monopolizadores de los medios informativos occidentales. Las grandes agencias, como Reuter, AP, UPI, CBS o los diarios New Times, Werhig for Post, Financial Times, en efecto, monopolizan la información en setido cierto. Pero que el secretario general de la UNESCO, Amador M'Bow, procura sean sustituidos por un totalitarismo de otro signo, de influencia abiertamente marxista-leninista.

También podríamos hablar de la OIT, de la que en cuanto no se ha prestado a eliminar las críticas a la falta de libertad sindical en los denominados países socialistas, ha sido descalificado su secretario general, y filtradas informaciones de estar al servicio de intereses imperialistas y de traicionar el verdadero espíritu de la asociación.

El término desinformación se puso de moda en el mundo entero hacia el comienzo de los años 80. Antes solamente aquellos que se dedicaban al estudio de los temas soviéticos lo conocían. Pero en el diccionario soviético el término es conocido desde los años 40. Dicho diccionario lo define como «acción de inducir a error por medio de informaciones falsas por la prensa, radio, etc.». Se da como ejemplo la desinformación de la opinión pública en los países capitalistas.

Pero la desinformación no es un fenómeno reciente, sino que hace no menos de 65 años Lenin explicó las bases de como

funciona la desinformación en el servicio a los fines del expansionismo soviético.

El pacifismo unilateral no es más que una acción técnica de la desinformación, es sólo de una de las existentes. Se habla acerca de las acciones de los servicios secretos, del KGB, pero este no es más que una parte de la desinformación soviética.

Es todo el aparato del partido, del Estado soviético, quien en cumplimiento de su misión ensaya cada uno en su esfera la lucha por la desinformación, ni tan siquiera sólo el poderoso departamento internacional del Comité Central, de cuyos números 1 y 2, Ponomarev y Zagladine (\*) he hablado en tantas ocasiones, sino que éste se ayuda del KGB, y de los órganos científicos, como las Academias de Ciencias de la URSS. En varias de las Academias de las diferentes repúblicas que componen la URSS, existen los consejos científicos encargados de estudiar las corrientes ideológicas extranjeras, los sectores de crítica de las ideologías burguesas, los Institutos dedicados especialmente a los Estados Unidos. También el papel desempeñado por otro hombre clave, Zamiatin, con su especialización en la desinformación.

El pacifismo unidireccional pero motivado no sólo por el agente activo de la Unión Soviética, sino lo que es más importante, el aprovechamiento de lo utópico por la desinformación. Este tipo de personajes, movidos tanto por su idealismo, como por su ignorancia representan una dualidad formidable, y constituyen un arma más —y de que eficacia— en el cumplimiento de las formas de conquista de la humanidad por el marxismo-leninismo.

---

(\*) Ponomarev, después de escritas estas líneas, ha pasado a retiro, no por ninguna «purga», sino por su avanzada edad —84 años—. Zemičkiġ ha sido designado embajador en Gran Bretaña, pero en el sistema soviético los hombres son importantes, sí, pero no fundamentales. El sistema tiene unos objetivos constantes, con independencia de que el dirigente sea Chernenko, Gorbachov u otro cualquiera.